

dre y yo teníamos un deseo muy vivo de saber circunstancias que nos interesaban mucho, conocimos que era indispensable dejarle sosegar todavía para que nos lo pudiera contar todo con puntualidad. Cuando le creímos en este estado, le pedí una relacion exacta de todo; y él, dirigiéndose á mí, me dijo así:

Ya os acordais, señor, de aquella mañana infeliz en que salisteis de casa sin decir nada. Esta desaparicion sorprendió á todos. Nos preguntábamos unos á otros dónde estábais, sin que ninguno pudiera darnos razon; yo fui á preguntar al portero. Este me dijo que poco después de haber rayado el día le mandásteis abrir la puerta, y que salisteis solo; que él habia extrañado esta diligencia inopinada; pero que lo que le sorprendió mas fué veros salir de capa, y con una espada; que movido de su curiosidad habia llegado hasta el umbral para observar hácia donde ibais, y que os vió doblar la esquina de la calle por el lado que conduce al campo.

Al instante, sin detenerme en reflexiones, me puse á seguiros por el camino que me habia indicado el portero. Corrí con la mayor velocidad, llegué á la puerta de la ciudad, miré al rededor de mí sin saber adónde dirigirme; pero habiéndome adelantado algunos pasos, no quedé poco sorprendido, cuando ví un campesino que se esforzaba á hacer montar á caballo á otro hom-

bre, que pareció levantaba de la tierra. Acercárame como para ayudarlos; y observándolo con atención, me pareció que el caído se parecia á un extranjero que habia llegado poco ántes, y que por el fausto y opulencia con que vivia, era muy conocido. Lo que me espantó fué verle herido y bañado en su sangre.

Al instante comprendí que habrias tenido alguna disputa, y que estaba herido de vuestra mano. Esta sospecha llegó á ser evidencia, porque preguntando al paisano qué era aquello, me respondió: „Que viniendo á la ciudad muy temprano, á causa de ciertos negocios que tenia, y „cuando ya estaba cerca, habia encontrado un „hombre de capa, que le dijo: Amigo, apresúrate, porque á pocos pasos encontrarás un hombre que esta herido, y necesita de socorro: cáminale presto, y procura socorrerle. Quise preguntarle mas; pero él no se detuvo, y se fué con mucha celeridad. Yo vine, y he encontrado á este caballero que me ha dicho que está herido sin saber de quién, y me ha pedido le lleve á su posada. Ayudadme á montarle sobre mi caballo, y le llevaremos adonde nos diga.

No pude dudar que el hombre que le habia hablado érais vos. Me consolé mucho oyendo que el herido decia que lo estaba sin saber de quién, porque esto me hizo ver que por su honradez no queria descubrir al agresor; pero con-



sideré que si le llevaba á su posada era natural se publicase este suceso; y como el monarca que nos gobierna, hace observar con tanta exactitud las rigurosas leyes contra los desafíos, temí alguna mala resulta contra vos.

Me acordé que en el lugar vecino vivia un labrador honrado que yo conocia, y que me estaba agradecido por haberle servido en objetos importantes. Estaba persuadido de que haria por mí todo lo que le pidiese, y que sabria guardarme el secreto. En pocas palabras expliqué todo esto al herido, y le propuse conducirle allí, no solo como medio de ocultar la aventura y librarle de los riesgos que pudiera acarrearle su publicidad, sino como un lugar en que encontraria todos los socorros del arte y de la amistad para recobrar la salud.

El herido, que no me conocia, no pudo sospechar otro principio de mi celo, que el de un movimiento natural de humanidad; y temeroso de las pesquisas de la justicia que yo le exageraba, y en que me apoyó el campesino, se determinó á ponerse en mis manos, y dejarse conducir. Yo, como sabia que la casa á que íbamos estaba á la entrada, esperé tambien que podriamos llegar á ella sin que nadie del lugar nos viese; y por dicha nuestra fué así. Al instante, pues, le montamos á caballo, y la suerte nos favoreció tanto, que sin ser vistos de nadie le ejecutamos.

Díjale al dueño de la casa lo que me pareció conveniente, y este se ofreció á cuanto yo queria. Hicimos venir al cirujano del lugar, á quien conté la historia segun me pareció mas propia para que nos sirviese sin que pudiese abusar. Examinó la herida: dijo que le parecia grande y profunda; pero que no podia hacer juicio cabal hasta que pasasen veinte y cuatro horas. Le puso un vendage, y se encargó de la cura. Mi amigo y su buena muger me ofrecieron toda su asistencia y cuidados en alivio del enfermo, que halló allí todos los socorros que podia necesitar.

Viendo que ya no hacia yo falta, me propuse ir á buscaros; pedí al dueño de la casa me prestase un buen caballo que tenia, y con él me dispuse á seguiros por el camino que se me habia indicado. Corrí todo el dia preguntando á cuantos encontraba; ninguno supo darme razon. Viendo que todas mis diligencias eran inútiles, y que la noche se acercaba, resolví volver á la ciudad con la esperanza de que hubiéseis vuelto, ó de que á lo ménos hallaria noticia vuestra; pero ¿cuál fué mi desconsuelo, cuando entrando en ella supe que ni vos habiais parecido, ni que nadie tenia la menor noticia?

Pasé la noche con mucha inquietud, resuelto á buscaros de nuevo al siguiente dia, aunque no sabia adónde dirigir mis pasos. Mi primera visita fué á la casa donde estaba el herido. Qui-



se asistir á su cura y ver lo que me diría el cirujano. Llegó este, y habiendo quitado el vendaje, me dijo que la herida era grande; pero que por fortuna no habia lastimado ninguna parte principal: que por entónces no le parecia peligrosa; pero que era menester todavía ver sus efectos para poder asegurarse. Esta esperanza me consoló mucho. Yo hubiera querido hablar con el enfermo, y ver si podia sacar alguna indicacion para buscáros con algun acierto; pero el cirujano nos habia encomendado tanto el silencio, diciéndonos que nada podia perjudicarle tanto como el hablar, que no me atreví á preguntarle nada.

Lleno, pues, de confusion, no sabia qué hacer. Me ocurrió que vos podias haber ido á ocultaros en casa de algun amigo para adquirir desde ella, á cubierto de todo peligro, noticias del herido, y gobernaros segun las ocurrencias; pero no podia adivinar ni conjeturar cuál seria. En esta duda general me pareció que debia recorrerlas todas, y desde entónces me puse en camino para ellas sin dejar ninguna de las que me vinieron á la memoria: mas de tres semanas pasé en esta ocupacion. Dedicaba todo el dia á buscaros, y cuando mi solicitud no me llevaba muy léjos, volvía de noche á vuestra casa con la esperanza de hallar en ella alguna noticia. Mis visitas al herido eran tan frecuentes, como la variedad de mis excursiones lo permitia, y siem-

pre tenia el consuelo de saber que iba mejor; hasta que....

Yo estaba fuera de mí, Teodoro, y no pudiéndome contener, le interrumpí diciéndole: ¿No ha muerto? No, señor, me dijo; ya está eptera-mente bueno, y hoy dicen haber salido para volverse á su pais. ¿Cómo te explicaré la sensacion que me produjo esta noticia? Un hombre á quien se quita de repente un enorme peso que le estaba comprimiendo todo su cuerpo y angustándole la respiracion, no se siente mas súbitamente aliviado que yo con esta noticia.

Mil ideas me pasaron rápidamente por la imaginacion, todas de luz y de consuelo. Admiraba la misericordia que hacia Dios con aquel hombre, á quien le daba todavía tiempo de enmienda y conversion: la que hacia conmigo, no permitiendo que mi delito fuese consumado, calmando la inquietud que me devoraba, y haciéndome entrever que podia ya sin tanto reato acercarme al trono de su bondad. La multitud de estas ideas favorables inundó mi corazón de consuelos, me hizo levantar los ojos al amoroso Padre celestial que me los daba, y anegado en mi llanto me puse de rodillas á darle gracias. Mi buen director me acompañó en esta accion, y me dijo: Sí, yo reconozco á nuestro buen Dios, al Dios de las misericordias.

Simon, que me conocia de mucho tiempo, y



que si me hallaba en aquel convento no habia podido imaginar que estaba en él sino por esconderme del rigor de la justicia, quedó espantado de mi accion, me miraba con ojos atónitos y fijos, que me decian que apenas podian creer lo que veian. Yo me humillé conociendo cuánto merecia esta extrañeza, y levantándome le dije: Sí, Simon: Dios me ha mirado con piedad: no solo me ha traído aquí para ocultarme á la justicia de los hombres, sino para librarme de sus venganzas eternas. Simon quedó confuso sin decirme nada; el padre le rogó que continuase su historia, y él siguió así:

Es inútil, señor, que os fatigue con la relacion de mis prolijas solicitudes: baste deciros que desde el momento de vuestra ausencia hasta hoy, no he tenido otra cosa que buscaros, y que he ocupado todo este tiempo entre mis continuos viajes, el cuidado del herido, y el de volver repetidas veces á vuestra casa, esperando siempre que habriais vuelto, ó que hallaria en ella noticias vuestras; que el herido, hallándose al cabo de algunos dias fuera de todo riesgo, quiso volverse á su posada, y que yo le acompañé; que jamas supe quien yo era, ni me conoció con otro título que de un hombre caritativo que le habia encontrado por acaso, y que le habia socorrido por humanidad, que estaba muy agradecido y me lo manifestaba á cada paso.

Debo añadir, que á pesar de la confianza que tenia en mí, y aunque yo le puse muchas veces en conversacion del lance, jamas me nombró la persona que le habia herido, diciéndome siempre que no la conocia: lo que me daba idea de que era un hombre de honor, que no queria comprometeros, y lo que tambien me hace esperar que no lo habrá dicho á nadie. Esto, y el buen estado de su salud, os libran de todo riesgo y peligro; porque por una grande dicha este suceso ha quedado sepultado en un profundo secreto. Nadie lo ha sabido, y ya no encontraréis en la ciudad al extranjero: este me ha dicho, hace cinco ó seis dias, que habia recibido cartas de su pais, que le obligaban á volver á él, y le ví dando disposiciones para su viaje, que habia fijado para hoy; así no dudo que esta mañana habrá partido.

Me falta decir que vuestros hijos y todos vuestros criados estan buenos; pero que todos estan tristes con vuestra ausencia, y muy inquietos de la obscuridad en que viven con la ignorancia de vuestra suerte, y no dudo que se consolarán cuando os vean volver con salud. Yo os diré tambien que aunque os he buscado por tantas partes, nunca habia venido por este pais hasta hoy, que desesperado de no hallaros ni en las casas de vuestros amigos, ni en ninguno de los lugares donde me parecia verosímil, sentí un impul-



so de coger una vereda poco practicada, que me ha conducido á este desierto.

Habiendo visto este convento, llegué á la puerta y pregunté al portero, mas por decirle algo, que por esperanza de encontraros, si estaba en él un caballero que yo buscaba. El me respondió con sencillez que ya hacia dias estaba allí un sujeto que no conocia; y yo sin detenerme le pedí que queria verle, diciéndome á mí mismo que si era otro, presto me desengañaria; pero mi suerte ha sido mas feliz, pues me ha conducido á vuestros piés.

Yo dí gracias á Simon por su celo, y por haberme buscado con tan solícito afán. Despues de algunos discursos de esta especie, le dije: Yo no quiero todavía volver á mi casa, porque deseo pasar en esta algunos dias mas. Tampoco es mi intencion volver por ahora á la ciudad: deseo pasar algun tiempo ántes en mi casa de campo con mis hijos y familia; pero como ha largo tiempo que nadie habita esta casa, considero que no estará en estado para vivir en ella. Lo que te encargo es, que de aquí vayas en derecha allá, que veas lo que sea menester para ponerla corriente, aunque con mucha simplicidad, y des disposiciones para que se conduzcan los muebles.

Cuando esto esté hecho, harás pasar á ella á mis hijos y criados; y luego que esten allí, ven-

drás, y me conducirás á mí tambien; pero te encargo, que aunque puedas asegurar á todos que estoy bueno, y que presto me verán, no has de decir á ninguno dónde me has encontrado. Simon me prometió ejecutar prontamente lo que yo le mandaba; añadiéndome, que esto no podia ser largo, porque en sus viajes habia visto muchas veces la casa en que me proponia habitar, y estaba en buen estado, y solo faltaban algunos muebles que era fácil enviar brevemente.

Despues de haber arreglado este punto, me informó de otras cosas, y principalmente de los muchos amigos que componian nuestra depravada sociedad. Me dijo que le parecia; que con la muerte de Manuel, con mi ausencia y la del extranjero se habia desconcertado la concurrencia de aquella compañía: que sus continuos viajes no le habian permitido enterarse bien de esto; pero que habia oido, que todos estaban tristes, y cada uno andaba por su lado. De tí, Teodoro, me dijo en particular que no te habia visto; pero que sabia que estabas de cuartel, y que con este motivo no salias de palacio.

Sea que la presencia del padre le impusiese respeto, ó que viese en mi semblante que yo era ya otro, me hablo de todo con tanta circunspeccion y reserva, que no se le escapó una palabra que descubriese nuestras perversas costumbres, y pudiese ofender la modestia de mi director. Es-



te temor me inquietaba mucho, y procuraba dársele á entender con los ojos; pero sea que él lo entendiese, ó que su buen talento se lo hiciese presumir, me preservó de este disgusto. Cuando me pareció tiempo le dije que se volviera para practicar desde luego lo que le había encargado. Simon me prometió de nuevo, que no tardaría en volver, y avisarme que todo estaba hecho. El padre le condujo hasta la puerta, y viniendo despues me dijo así.

Admirad, señor, conmigo y ayudadme á dar gracias al Dios de las misericordias por tantas como nos manifiesta. La historia de vuestra vida, y las circunstancias que la acompañan en este momento son para mí una prueba visible de su bondad paterna, y de su amorosa providencia. No ha muchos dias que estábais sumergido en un oceano de vicios, y cubierto de espesas tinieblas, que no os dejaban conocer ni vuestro Dios, ni la verdadera Religion; corriais precipitado al abismo eterno, sin advertirlo. Una noche sola ha mudado vuestra suerte; parece que Dios ha querido multiplicar en ella los prodigios para alumbraros, y sacaros como por fuerza de estado tan funesto.

¡Qué noche, señor! Noche llena de horrores, llena de acasos espantosos; pero todos dirigidos por el amor de un padre para salvar á su hijo. Un hombre injusto y temerario os desafia; las fal-

sas y erradas opiniones del mundo os persuaden á aceptarlo; la noticia de la muerte súbita del amigo, compañero de vuestros desórdenes, y que iba á preparar otros nuevos, os sorprende, y añade el terror á la inquietud; el cielo os habla con una voz tempestuosa, los relámpagos os amedrentan, las nubes irritadas escogen vuestra casa para derramar en ella las llamas de sus fuegos: á pesar de tantas inquietudes un errado punto de honor os lleva al duelo, y teneis la desgracia de derribar herido en tierra á un hombre que creiais haber muerto.

Todos estos accidentes trágicos no hubieran bastado para alumbrar todavía á vuestro ciego corazon; pero este Dios de misericordia que no los habia dirigido sino para volveros á su seno os inspiró en vuestra fuga despavorida elegir un camino que dirigia á esta casa. En ella ha movido vuestro corazon, os ha alumbrado con las luces de la fe, os ha hecho conocer su Religion y los errores de vuestra vida, os ha dado tiempo de confesaros, y os ha hecho el inestimable bien de perdonaros, y restituiros á su gracia.

No contento este Padre divino con haber salvado á su hijo perdido, y con verle restituido al paternal abrigo, quiere tambien, como el del hijo pródigo, celebrar una fiesta, y que se os ponga una rica vestidura; quiere llevaros á su altar, donde ya perdonado recibais su propio cuerpo y



su divina sangre en señal de reconciliacion, y para enriqueceros con nuevos y mas altos dones. Vos con razon os sentís indigno de tan sublime bien, y entre los motivos que os lo persuaden, el que mas punzaba vuestro corazon era pensar que érais homicida de un hombre, haber sido causa de su eterna condenacion, y ver en vuestras manos todavia fresca la sangre que derramásteis. ¿Cómo, deciais vos mismo, inmundo todavia con la sangre de un hombre, me atreveré á sentarme en la mesa del Dios de la paz?

Pero este Dios de paz quiere darla á vuestro corazon para que podais llegar á su mesa con mas confianza. Para esto dispone que un criado que os busca se descamine, que no le entre en el pensamiento venir á esta casa, sin embargo de estar tan cerca de la ciudad, todo el tiempo que destínásteis para hacer una buena confesion, y en que hubiera podido turbaros con su presencia. Os deja imaginar este delito, para que le lloreis con los otros; y cuando despues de haberlos lavado, os preparais á recibir el pan del cielo, cuando os espanta vuestra iniquidad, y cuando os horroriza la idea de estar cubierto de sangre humana, y haber quizá apresurado la eterna desgracia de aquel infeliz, dispone que este criado venga, y os informe de que no ha muerto, sino que está vivo y sano; que por consiguiente Dios le ha dado tiempo para convertirse, y que vos mismo podeis contri-

buir por vuestros ruegos. ¡Cuántas maravillas debeis ver en estas disposiciones divinas! ¡cuántos prodigios de amor, de misericordia y providencia así para él como para vos mismo!

Ved aquí, señor, el modo con que nos trata este amoroso Padre. Y mientras no llega el término que ha señalado á su justicia, no se ocupa sino en llamar al pecador, en convidarle, y en facilitarle todos los caminos. Yo no dudo que este haya sido un aviso tambien para el extrangero, y que su bondad paternal no se extienda hasta él; pero vos, señor, ¿cuántas gracias le debeis por este rasgo de misericordia tan visible? Parece que no solo os quiere llamar á su mesa con su generosidad universal, sino que para vos añade las finezas de su amor, y que ha permitido que os venga esta noticia para que os consoleis, para que se calmen vuestras inquietudes, y que os presentéis con un corazon penetrado de mas viva gratitud, con la nueva de este tan grande como reciente beneficio. Y cuando nuestro Dios nos trata con tanto amor, ¿cómo podemos no arder en las llamas del nuestro?

Vuestra alma debe considerarse en este instante como una esposa infiel, que con la mas odiosa ingratitud ha hecho muchas y las mas infames traiciones al mejor y mas digno de los esposos. Cuantos motivos son imaginables habian ocurrido, tanto para obligarla á corresponderle con el



cariño mas ardiente, como para hacer detestable y vil la mas ligera falta de su fe. Ella habia nacido en la esfera mas baja, era hija de iniquidad, no tenia el menor mérito, y nada en que pudiera fundar la mas leve esperanza de ascender á tan alta fortuna; y con todo el Esposo, que es el Rey del mundo, el Señor mas amable y hermoso de la tierra, por su pura bondad la escoge, la desposa solemnemente en el bautismo, la llena de riquezas, y la promete otras muchas mayores en lo venidero, pues serán infinitas y eternas. No la pide otra cosa por recompensa de tantos bienes y de tantas esperanzas, sino que le ame, y que le guarde fe; pero la infame esposa, insensible á tanto amor, ingrata á tantos beneficios, desdeña todo el bien que recibe, y desprecia todo el que se la ofrece. Desde que se ve en libertad se abandona á los errores de su ciega pasión, y á los falsos halagos de su corrompida voluntad. Por gozar instantes rápidos de placeres falaces, desconoce al Esposo, renuncia á su mano, á la dignidad de su título, á las esperanzas de su gloria, y adúltera se corrompe, se envilece y prostituye á los objetos mas indignos, cubriendo á su Esposo de oprobios con bajezas tan repetidas como tenaces.

El Esposo pudiera castigar tanto delito, pudiera dejarla en su antigua miseria, y aun añadir nuevas penas á tanto desacato; pero es tierno, y

la ama. A pesar de tantas iniquidades se afana, la quiere ganar para que vuelva en sí, y restituirla á su gracia. En lugar de darla los castigos que merece, la convida él mismo con su perdón; la llama, la excita y la ruega. La promete que olvidará todas sus injurias, que la tratará como si no las hubiera cometido, y que la volverá otra vez su lecho, su trono y su amor. No la pide para hacerla estas finezas, sino que se arrepienta, y le jure de nuevo guardar la fe mejor en lo sucesivo. La esposa, cada vez mas ciega, mas obstinada, mas injusta, le oye, mas no le atiende; desprecia su perdón, no quiere nada de lo que la ofrece. Cuanto mas él la busca, mas ella se esquivo; y en vez de aceptar tanta indulgencia, loca y desatentada, vuelve á ofenderle con nuevos y mayores insultos.

Pero ni aun esto basta para irritar á tan paciente como amante Esposo. A pesar de estas nuevas indignidades, que debian hacerla despreciable á sus ojos, vuelve con constante y amorosa porfía á convidarla de nuevo; y parece que la abominable esposa, abusando de tan inexplicable bondad, multiplica sus agravios á proporcion de sus instancias. Este extraño combate suele durar largo tiempo, y no es posible decir qué es lo que mas se debe admirar, si la insensata terquedad de la esposa, ó la increíble bondad del Esposo. Tanta paciencia no cabe, no solo en la



virtud del hombre, pero ni en su imaginacion. El Esposo la tiene, porque es eterno, porque ama mucho á su esposa, pues que la redimió con su sangre; y porque no se resuelve á castigar sino quando está llena la medida, y se ve como forzada su justicia, pues él solo sabe cuánto es horrible el tormento que se la prepara.

Pero si en el intervalo de la lucha, si en medio de las tinieblas que ciegan á la esposa, si á pesar de los vicios de su corazon, ella se detiene un instante; si escuchando la voz con que el Esposo la reprehende, se para á oírle; si se siente movida, y se deja persuadir, á la primera voz de su arrepentimiento, á la mas leve lágrima de sus ojos, al indicio mas ligero de que quiere volver, el Esposo con nuevos impulsos, la excita á que confiada se arroje entre sus brazos: la dice, que á pesar de sus excesos, y de los oprobios de que le ha cubierto, está pronto á perdonarla, á olvidarlos, y restituirla á su primer estado. ¡Qué amor! ¡qué dignacion! Y para que recobre tanto, no exige de ella sino que confiese arrepentida sus delitos, y le prometa vivir bien en adelante. Si la esposa se echa á sus piés, al instante la absuelve, la perdona, la restituye á su amistad, la vuelve á poner en su trono, en su dignidad, y no solo la vuelve á dar todos los bienes que habia perdido, sino que la ayuda á conservarlos con su gracia.

Pero aun hay mas: porque no contento con haberla enriquecido de nuevo con tan grandes dones, como si interesase en ello su gloria, quiere que todos sepan la feliz aventura; y para que sea mas solemne la reconciliacion que anhelaba, despues de haberla perdonado en el secreto de la confianza, quiere que parezca en público, y vaya á sentarse en el sagrado banquete, que ha preparado á las fieles esposas que ha escogido, y en que sirven los ángeles del cielo. Quiere que estas almas felices que le aman, y que él ama, la reciban en su augusta y bienaventurada sociedad; que comuniquen, y que partan con ella el pan celestial con que las regala; que la nueva esposa coma la misma carne, beba la misma sangre del divino Cordero, y que tambien reciba el alimento que da vida. Allí la da el ósculo casto con su santa boca, la marca con el sello de la inmortalidad, la recibe en el número de sus esposas queridas, y la promete alimentarla siempre con este pan de amor, para sostenerla en los trabajos del camino hasta que la conduzca á las delicias inefables, donde le vea en la celeste claridad.

Ved aquí, señor, vuestra historia; y podeis añadir, que este Dios amante que os tiene ya tan cerca de su mesa, y que os veia llegar con temor, ha querido sosegaros con tan buena noticia. ¡Bendita sea su misericordia! ¡Qué podeis.



mos pues hacer sino darle gracias, y aprovecharnos de tan rico don? Preparémonos pues con nuevas lágrimas de amor, renovemos nuestro dolor de haberle desconocido tanto tiempo, ocupemos todo el tiempo que queda hasta este memorable día de inmortalidad, en hacernos ménos indignos de tan sumo bien.

Yo respondí al padre, que estaba tan penetrado del conocimiento de mis iniquidades como de las misericordias infinitas que Dios usaba conmigo; que en efecto la noticia de Simon, sobre todo en aquella oportunidad, me pareció un rasgo sublime de su divina providencia, que mi corazón lo habia conocido y dádole gracias; que esta señal de su bondad alentaba mi confianza, aunque no me quitaba la idea de mi indignidad, pues de mi parte el delito fué consumado; que me hallaba mas tranquilo, y mejor dispuesto para recibir con humildad el santo sacramento, que yo lo estaba ya por obediencia, y que ahora me dejaria gobernar con mas razon por su caridad y celo.

El padre se fué, ofreciéndome volver al otro día, y yo te contaré en seguida de esta carta lo que me pasó en él. A Dios, amigo.

## CARTA XXVIII.

### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**J**AMAS te podré explicar, Teodoro mio, la infatigable dulzura que sintió mi consolado corazón con la noticia de Simon. Yo habia imaginado con tanta viveza la muerte de aquel extragero, que su recobro me pareció una resurreccion verdadera. Luego que quedé solo, y pude abandonarme á mis propias reflexiones, me hallé diferente de mí mismo. Nadaba en un placer interior, en una satisfaccion tan íntima, que no me cabia el gozo en el pecho. Entónces entendí por la primera vez que los placeres del alma son de un orden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia, ó en la victoria de sus pasiones, consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas que todas las que producen los halagos del mundo.

Teodoro mio, no hay bálsamo que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia cal-